



Los Rubayata

XXXVIII

Un instante en el desierto del no ser; un momento para gustar la fuente de la vida... Las estrellas se ponen, y la caravana sale hacia el amanecer de la nada... ¡Apresuráos!

XXXIX

¿Por qué disputar largamente buscando la definición de ésto y de aquéllo? Más vale alegrarse con el racimo jugoso, que entristecerse buscando el fruto que no existe o que es amargo.

XL

Ya sabéis, amigos míos, cuanto tiempo ha que en mi casa hice fiesta para nuevas bodas; arrojé de mi lecho a la vieja y estéril razón, y tomé á la hija de la vid por esposa.

XLI

Aunque sé definir el Ser y el no Ser con reglas y líneas, y el Arriba y Abajo sin ellas, y en todo he querido profundizar, no he alcanzado a ser profundo más que en vino.

XLII

Y últimamente, por la puerta de la urna abierta de par en par, y furtivamente a través de la obscuridad, la forma de un ángel, trayendo una vasija sobre los hombros, me mandó que gustase de ella; y era... el racimo.

XLIII

¡El racimo! Que con lógica absoluta puede confundir a las setenta y dos sectas discordes; el sutil alquimista que en un instante trueca en oro el plomo de la vida.

XLIV

El poderoso Mahmud, el señor victorioso, que mata y dispersa con su espada mágica toda la horda infiel y negra de Temores y Penas que corrompe el alma.

XLV

Deja disputar a los sabios la eterna disputa del Universo, y conmigo, en un rincón del reposorio de Hubbub, burla al que hace otro tanto contigo.

XLVI

Porque dentro y fuera, encima, en derredor, abajo, no existe nada más que una sombra mágica, proyectada por una linterna, cuya luz es el sol, en derredor del cual nosotros, figuras-fantasmas, venimos y nos vamos.

XLVII

Y si el vino que bebes, el labio que besas, acaban en la nada . . . en qué van a parar todas las cosas . . . sí . . . piensa que eres Hoy lo que eras Ayer y que no serás menos mañana.

XLVIII

Mientras florece la rosa a orillas del río, bebe el rubí de la vendimia con el viejo Khayyam y cuando el Angel se acerque a tí ofreciéndote su más te nebroso bebida, tómala y no tiembles.

XLIX

Todo es un tablero de ajedrez de noches y días, donde el destino juega con los hombres: muévelos de aquí y allá, da mate, vence, y una por una las figuras yacen en la caja.

L

La pelota no pregunta por el sí o el nó: sino que va a la derecha o a la izquierda, según el golpe del jugador. ¡Aquel que te ha lanzado al campo lo sabe todo, lo sabe, lo sabe!

LI

El dedo se mueve y escribe: y habiendo escrito, se va: ni toda tu piedad, ni todo tu entendimiento le moverán a cambiar media línea; ni todas tus lágrimas bastarán a borrar una palabra.

LII

Y ese cuenco invertido que llamamos cielo, bajo el cual arrastrándonos encarcelados vivimos y morimos; no levantes tus manos hacia él pidiendo ayuda, porque, impotente, rueda como tú y yo.

LIII

Con la primera arcilla de la tierra amasaron al último hombre y entonces sembraron la semilla de la última cosecha: así, la primera mañana de la creación escribió lo que ha de leer la última aurora del juicio.

LIV

Te digo esto: cuando saliendo de la meta a lomos del flamante corcel, arrojaron a Parwin y a Mush-tara (4) en mi porción predestinada de barro y alina. . . .

LV

Germinó una fibra en la vid, a la cual se prendió mi sér; burle el Sufi; del más vil metal puede limarse una llave, que acaso abra la puerta ante la cual aulla.

LVI

Y esto lo sé: ora la única luz verdadera enciende en mí el amor, ora me consume en ira por completo, más vale alcanzar una chispa de ella en la taberna que perderla del todo en el templo.

LVII

¡Oh, Tú, que sembraste de trampas y lazos el camino por el cual he de caminar; no me habrás enredado en predestinación para luego imputar mi caída a pecado!

LVIII

Escucha de nuevo. Una tarde, hacia el fin del Ramadán, antes de que saliese la mejor luna, estaba solo en esta vieja tienda de alfarero rodeado por formas de barro.

LIX

Y, cosa extraña: se entre aquella porción de vasijas de tierra, unas podían hablar y otras no. Y de pronto una, más impaciente, exclamó:—¿Quién es el alfarero, decidme, y quién el vaso?

Entonces dijo otra:—Seguramente, no en vano fué tomada mi substancia de la tierra común. Y aquel que sutilmente me dió forma no me retornará, pisoteándome, a la tierra común.

LX

Otra dijo: Porque ni aún el chiquillo revoltoso querrá romper la taza en que bebió con alegría, y aquel que hizo este vaso en puro amor y afición, ¿habrá de destruirle en ulterior enojo?

(4) Las Pléyades y Júpiter.

LXI

Ninguna respondió a ésto; pero después de un silencio, dijo un vaso más toscamente hecho:—Se burlan de mí porque soy deforme. ¡Qué! ¿Tembló acaso la mano del alfarero?

LXII

Dijo uno:—Hay quienes hablan de un obrero torpe y manchan su rostro con humo de infierno; hablan de un juicio estricto que hemos de sufrir. ¡Bah, el que nos hizo es buen muchacho; y todo irá bien!

LXIII

Entonces dijo otro, con un largo suspiro:—Mi barro se ha secado en el largo olvido; pero llenadme del viejo jugo familiar, y creo que iré volviendo en mí poco a poco.

LXIV

Así, mientras las vasijas hablaban por turno, una de ellas atisbó la luna, a quien todas estaban esperando, y entonces, dándose con el codo, dijéronse unas a otras:—*Hermana, hermana, oye cómo cruje el nudo de la correa en el lomo del mozo que ha de servir el vino.* (5)

LXV

¡Ah! Reconfortad con la uva mi vida que se huye y lavad con su zumo mi cuerpo donde ha muerto la vida; y, envuelto en un sudario de hojas de vid, enterradme en la linde de algún dulce jardín.

LXVI

Así, hasta enterradas, mis cenizas lanzarán al aire tal lazo de perfume, que ni un solo creyente al pasar por allí deje de quedar preso.

LXVII

¡En verdad, los ídolos que tanto tiempo amé han hecho tanto mal a mi fama en los ojos de los hombres! Han ahogado mi honor en una copa no muy honda, y he vendido mi fama por una canción.

LXVIII

En verdad, en verdad, a menudo juré arrepentimiento... pero... ¿no estaba embriagado cuando juraba? Y luego .. y luego vino la primavera, y, rosa en mano, hizo pedazos mi flaco arrepentimiento.

(5) Cuando termina el Ramadán, mes de ayuno que pone al musulmán enfermo y triste, el primer raso de la luna nueva es esperado con ansiedad y acogido con exclamaciones. Entonces es cuando puede oírse crujiir la correa del mozo, acaso camino de la cueva que encierra el vino.

LXIX

Y aunque el vino haya obrado como un infiel conmigo, despojándome de mi manto de honor, a menudo me pregunto a mí mismo:—¿Qué podrán comprar los viñadores que valga la mitad de lo que venden?

LXX

¡Ay, que esta primavera desaparecerá con la rosa! ¡Este manuscrito perfumado de juventud tendrá fin! El ruiseñor que ha cantado en las ramas ¡ay! ¿de dónde venía y a dónde ha volado? ¡Quién sabe!

LXXI

¡Ay, amor! Si tú y yo pudiéramos sobornar al Destino y apoderarnos del triste plan de todas las cosas, ¿acaso no le haríamos pedazos . . . para moldearle de nuevo más conforme al deseo del corazón?

LXXII

¡Ay, luna de mis delicias, que no conoces menguante! La luna del cielo se alza una vez más. ¡Cuántas veces, de aquí en adelante, al alzarse mirará por este mismo jardín buscándome. . . . en vano!

LXXIII

Y tu, tú misma ¡oh Saki!, con pie ligero pasarás entre los huéspedes, sembrados en la hierba como estrellas, y en tu alegre pasar, llegarás al sitio donde yo fui uno. . . . ¡Vuelve entonces un vaso vacío!

OMAR KHAYYAM DE NAISHAPUR.



El faisán

Dijo sus secretos el faisán de oro:—
En el gabinete mi blanco tesoro
de sus claras risas el divino coro.

Las bellas figuras de los gobelinos,
los cristales llenos de aromados vinos,
las rosas francesas en los vasos chinos.

(Las rosas francesas, porque fué allá en Francia,
donde en el retiro de la dulce estancia
esas frescas rosas dieron su fragancia).

La cena esperaba. Quitadas las vendas,
iban mil amoros de flechas tremendas
en aquella noche de carnestolendas.

La careta negra se quitó la niña,
y tras el preludio de una alegre riña
apuró mi boca vino de su viña.

Vino de la viña de la boca loca,
que hace arder el beso, que el mordisco invoca,
¡oh los blancos dientes de la loca boca!

En su boca ardiente yo bebí los vinos,
y pinzas rosadas, sus dedos divinos,
me dieron las fresas y los langostinos.

Yo la vestimenta de Pierrot tenía,
y aunque me alegraba y aunque me reía,
moraba en mi alma la melancolía.

La carnavalesca noche luminosa
dió a mi triste espíritu la mujer hermosa
sus ojos de fuego, sus labios de rosa.

Y en el gabinete del café galante
ella se encontraba con su nuevo amante,
perégrino pálido de un país distante.

Llegaban los ecos de vagos cantares;
y se despedían de sus azahares
miles de purezas en los bulevares.

Y cuando el champaña me cantó su canto,
por una ventana ví que un negro manto
de nube, de Febe, cubría el encanto.

Y dije a la amada de un día: —¿No viste
de pronto ponerse la noche tan triste?
¿Acaso la Reina de luz ya no existe?

Ella me miraba. Y el faisán cubierto de plumas de oro;
—¡Pierrot! Ten por cierto
que tu fiel amada, que la Luna ha muerto.

RUBÉN DARÍO.



Egloga

LAS tres corrían por el valle ameno
dando música al valle;
lleno de flores el intacto seno
y unidas, con las manos, por el talle.

Hablé con la primera, y noblemente,
con gesto soberano,
me pidió de la fruta que pendiente
alimenta en sus ramas el manzano.

Moví la planta con la mano herida
de un amante despecho,
le hice don de la fruta apetecida
y dejé su deseo satisfecho

Hablé con la segunda, y dulcemente,
con ojos tentadores,
me demandó, para ceñir su frente,
una corona de encendidas flores.

Bajé los ojos con el alma herida
de un amante despecho,
le coroné la frente apetecida,
y dejé su deseo satisfecho.

Hablé con la tercera y santamente,
con la tez sonrosada,
movió los ojos amorosamente,
y volvió el rostro sin pedirme nada.

Y yo la ví mirarme, y conturbada
el alma por un loco devaneo,
aun me estoy regalando en su mirada
sin dejar satisfecho su deseo.

EDUARDO MARQUINA.



El crepúsculo

Para tí, muchacha, es el alba. Te la manda Dios. Para tí es que los lirios efímeros difunden, en el aire matinal, la fragancia extraída de la tierra; para tí es el rocío que cayó como un diamante extraviado, y se quedó en la yerba, esperando un rayo de sol para volver.

Y el día que fecunda la flor de la mañana el que manda a las aves a repartir el polen en los estigmas de las flores castas; el que siembra sol sobre los surcos, acumulando en torno del grano de trigo el oro en que se bañan la espigas candeales .. el día todopoderoso y lumínoso será tuyo también.

No seré yo quien te dispute mi parte en el poema.

Para mí, el crepúsculo. Ni la mañana inefable, ni el día agitado me pertenecen. Las tardes son las mías, sobre todo los últimos instantes de la tarde, sobre todo el crepúsculo que es un poeta en cuyo libro leo cada vez una nueva página divina. El nada alegre, nada fecunda: sueña nada más. Sobre el cielo pone vanos incendios, y oros que se desvanecen entre las sedas lilas, mientras la quinera siembra rosas. Por los senderos, azada al hombro, descienden los campesinos hacia el valle; las aves retornan presurosas al árbol, con fatiga en las alas, mientras allá en el fondo de los cielos pálidos las gaviotas desfilan hacia el mar y en la memoria desfilan los recuerdos, sacudiendo el polvo del olvido.

El crepúsculo es de los enfermos, de los marineros y los tristes. El crepúsculo es lo que quiero yo. El crepúsculo que nos pone en la boca un no sé qué de oración olvidada, mientras un esfumino invisible insinúa la sombra, mientras el ángelus resuena acompasado y doliente en la torre de nuestro propio corazón; mientras los últimos pájaros pasan sobre nuestras cabezas, en tanto que las últimas velas se pierden en el horizonte, y el barco en que soñamos irnos leva el ancla y se marcha, ya tal vez para nunca volver.

Hora en que se juntan las hojas de la adormidera y las manos de las novicias claustrales. Hora en que tal vez rezan las plantas la misma oración de la novicia.

Tal el crepúsculo, amado de las golondrinas que se remontan para contemplarlo un instante más, cuando ya ha terminado para los ojos del poeta.

JUAN R. AVILES.



La visión de la dicha

Así será nuestro vivir: temprana
la aurina luz del sol hecha florones
penetrará en la alcoba, y los gorriones
despertad, nos dirán, en la ventana.

Tú las gracias a Dios darásle ufana
elevando al azul tus oraciones,
y yo habré de sentir las bendiciones
de Dios, en el amor que nos hermana.

Nunca será conmigo ocio cobarde,
y en diaria lid encenderé mis venas
mientras tú cantes con gozoso alarde.

Limpio de anhelo vil, libre de penas,
paso entre paso, tornaré a la tarde,
tranquila el alma y con las manos llenas.

* * *

Así será nuestro vivir un lento
viaje por un jardín o una fraterna
intimidad feliz que se haga eterna
como el continuo repetir de un cuento.

Será marchar unidos por la interna
llama pura del mismo sentimiento;
será tener, para vencer al viento,
la fe como una alondra que se cierna.

Será circunscribir a la tranquila
paz de los cuatro muros hogareños,
cuanto en su fondo el corazón asila.

Ver con desdén los míseros empeños,
y con un gran amor que no vacila,
tener un pan sin hiel y muchos sueños

MIGUEL RASCH ISLA.



Somos siete



ENCONTRÉ una vez a una chiquitina de ocho años más o menos; sus cabellos se ensortijaban en bucles encantadores alrededor de su pequeña cabeza; su fisonomía tenía el aspecto salvaje de una hija de la estepa y su vestido era de sencillez extraordinaria. Al verla me sentí lleno de alegría.

—¿Cuántos sois vosotros?—le pregunté.—¿Cuántos hermanos y hermanas tienes?

—Por todos, somos siete—me contestó la pequeña, asombrada.

—¿Y dónde están tus hermanos?

—Somos siete—replicó ella. Dos viven en la aldea cercana; otros dos están en el mar, y en el cementerio duermen uno de mis hermanos y una de mis hermanas. Mi madre y yo, para estar cerca de los dos muertos, vivimos detrás del campo-santo.

—¡Cómo! Si dos están en la aldea, dos en el mar ¿cómo es posible que seáis siete?

—Nosotros somos siete, somos siete—replicó vivamente la chiquitina. En el cementerio, bajo el sauce aquél están los otros dos.

—Tú corres alrededor del árbol y tras las mariposas, tú estás viva; pero ellos duermen bajo el sauce... Por lo tanto, sois solamente cinco.

—La tierra brota flores sobre sus tumbas; no hay diez pasos desde la puerta de nuestra casa hasta esas flores adoradas; yo me siento al lado de esas tumbas inolvidables y, mientras tejo o bordo, les canto, a mis hermanitos que duermen a la sombra del sauce, las más bellas y sentidas canciones. En las tardes, cuando el tiempo es bello, tomo mi pan y mi queso y voy a cenar junto a ellos. La pequeña Jenny languidecía, pero Dios no la olvidó: vino en su auxilio y ella se fué de nuestro lado. Cuando la enterraron y cuando sobre ella la tierra empezó a florecer, fuimos a jugar a su lado Juan y yo..... Soñábamos los dos en los patines y en los trineos del invierno, cuando me abandonó también y vino a dormir al lado de Jenny....

--Entonces ¿cuántos sois vosotros?—volví a preguntarle después de aquella explicación.—Escúchame: si en el cielo hay dos . . . vosotros sois cinco solamente.

—No, no, te equivocas. Cuenta bien y verás que somos siete, siete—replicó la chiquitina con energía.

—Ya dos no existen, sus cuerpos duermen bajo la tierra y sus almas están allá arriba en el cielo..

Pero todo lo que decía no era suficiente para convencerla. La pequeña, a mis observaciones, contestaba siempre:

—¡Nó, nó! ¡Somos siete! ¡Somos siempre siete!

IVÁN KOZLOF.



El ángel

A MEDIA noche, hay un ángel que vuela en el cielo y canta en voz casi imperceptible que sólo escuchan las almas; mas las estrellas comprenden, la luna y las nubes pardas. En su cántico sagrado elogia las almas santas que habitan el Paraíso, en glorietas perfumadas; ensalza en él la grandeza de Dios y sus alabanzas con expresiones sencillas, sinceras y apasionadas. A las almas juveniles de la tierra, las abraza y del reino de las penas dulcemente las arranca; del eco de sus canciones queda en las jóvenes almas algo vivo y que no puede expresarse con palabras. . . . Poco a poco se evapora, del mundo en la lotananza, lleno de acordes divinos, dulces notas que no cambian ni con el ¡ay! angustioso de las tormentas humanas.

MIKHAIL YURIEVITCH LERMONTOFF.

Oraciones líricas

I



DEJA ese cantar que cantas pasando las cuentas del rosario! ¿A quién adoras en este ángulo solitario y obscuro de un templo con puertas todas cerradas? Abre los ojos y ve que tu Dios no está ante tí. El está allí donde el labrador cultiva la dura tierra y donde el que abre los caninos quiebra las peñas. El hállase con ellos a sol y a sombra y sus vestidos vense cubiertos de polvo. Tiéndele immaculado manto a su paso por el suelo polvoroso.

¿Libertad? ¿Dónde esta libertad se encuentra? Nuestro mismo maestro ha echado sobre sí el yugo de la creación; hállase encadenado con nosotros para siempre.

Sal de tus meditaciones y deja a un lado tus inciensos y tus flores.

¿Qué daño habrá con que tus vestidos se desgarran y manchen? Encuéntrale; permanece con él en obra y que el sudor te empape el rostro.

II

Mi amor ¿por qué cuando estáis detrás de ellos os encubris en las sombras? Os empujan y pasan por el camino polvoriento creyendo que sois malo. Aquí espero vertiendo canciones para vos, mientras los viandantes se acercan, cogen mis flores una a una y dejan mi canastilla casi vacía.

La mañana y el mediodía han pasado. A las sombras de la tarde mis ojos se adormecen de su sueño. Los hombres que se encaminan al hogar dirigenme una mirada, sonríen y me lleno de vergüenza. Hállome sentada cual una moza pordiosera, encubriéndome el rostro con la saya, y cuando me preguntan qué es lo que yo deseo, velo mis ojos y nada les respondo.

¡Oh! En verdad, ¿cómo podría decirles que os espero y que me habéis prometido venir? ¿Cómo podría revelar que llevo por mi dote esta pobreza? ¡Ay! Acaricio este orgullo en lo más íntimo de mi alma.

Tiéndome sobre la yerba y elevo mi vista al cielo, soñando en el repentino esplendor de vuestra venida. De pronto hay un deslumbramiento: flámulas de oro revuelan sobre vuestro carro, y ellos, que se hallaban absortos a un lado del camino, quedan sor-

prendidos al ver que descendéis para levantarme del polvo y hacéis que se siente a vuestro lado esta niña pordiosera, que de vergüenza y de orgullo tiembla como un insecto al soplo de una brisa de verano.

Pero el tiempo se desliza y no se ha escuchado aún el ruido de las ruedas de vuestro carro, mientras que muchas procesiones pasan con bulla y algazara y clamor de gloria. ¿Es que vos permanecéis en la sombra silenciosa detrás de ellos? ¿Y es que sólo yo era quien podía esperar, llorar y mostrar mi corazón en un vano deseo?

RABINDRANATH TAGORE.



La carreta

Desvanecimiento crepuscular de una tarde de verano. Cielo sin nubes, de azul tropical marino. La media luna, como trozo de cuarzo, todavía opaca. En el extremo oriente las montañas lejanas se diluyen en esfumación de tintas violetas. Llana extensa manchada a trechos por tupidas aglomeraciones de árboles. Rozando los rubios maizales, tirada por dos robustos y lentos bueyes, una carreta se bambolea. Adórnanla arcos de ramaje nuevo y chillantes banderolas. Va llena de muchachas, risas y picardías. Ellas, rubias y morenas, con coronas de rosas silvestres en la cabeza o con sombreros alones de flexible paja, todas traviesas, en equilibrio inestable—motivo de sustos y bribonadas—se afianzan de los débiles arcos con sus manecitas temblorosas. A los lados de la carreta, y a pie, flautistas y tamboriles tocan aires retozones. En una quiebra brusca del terreno salta la carreta: las muchachas lanzan un grito y caen unas sobre otras, como ramillete desbaratado, confundiéndose, entre la risotada general, las cabelleras, los listones, las faldas, las pantorrillas descubiertas....

JESÚS URUETA.

Héctor

AL sol naciente los lejanos muros
de la divina Troya resplandecen;
los griegos a los númenes ofrecen
sobre las aras sacrificios puros.

Ábrese el circo: ya sobre los duros
ejes los carros vuelan, desaparecen;
y al estrépito ronco se estremecen
de la tierra los quicios mal seguros.

Al vencedor el premio merecido
otorga Aquiles: el Olimpo suena,
con el eco de triunfo conmovido.

¡Y Héctor, Héctor, la faz de polvo llena,
en brazos de la muerte adormecido,
yace olvidado en la sangrienta arena!

J. E. CARO.



El viejo piloto

EL viejo lobo, en cuyo ceño quiebra
su flecha el sol, junto al bauprés fluctuante
vé, en la dársena azul, la parda hebra
del humo de su pipa de Levante.

¿En qué piensa? ¿En el Africa radiante
del papiro, el nenúfar y la cebrá?
¿En el Brasil, de entrañas de diamante,
o en su esmaltado frasco de ginebra?

Solitario en el mundo ha tiempo anhela
morir en alta mar, y en una vela
del viejo bergantín, que es su fortuna,

ser lanzado al abismo antes que un día
abandonar en lúgubre bahía
su bajel encallado en una duna. . . .

JOSÉ A. CALCAÑO HERRERA.

Las ruinas de Roma



MIENTRAS regresamos, un reflejo rubio y rojo inundaba aquel cementerio de cosas dos veces milenarias. El crepúsculo gradúa en el lejano horizonte sus notas de oro y de escarlata, como si los bronces de infinitos guerreros y la sangre de infinitos vencidos se mezclaran atropelladamente en aquel lejano confín del cielo y de la tierra, recordando como en una macabra fantasmagoría, el precio de heroísmo y de martirios que costó a la humanidad la grandeza del imperio de Occidente.

Entre la penumbra del horizonte destacaban sus perfiles los restos de frisos y cornisas, las columnas con sus gárrulos capiteles, los fustes quebrados por la saña de tantos siglos, los arcos intactos y petulantes, erguidos frente al tiempo. Junto con el avance de la tiniebla crecía la solemnidad majestuosa de aquel panorama evocador. En la melancolía de esta noche estival, toda llena de recordación y de silencio, pensamos con sobrecojimiento que nuestros pies humillaban los propios mármoles por donde transitaron su gloria o su infamia los reyes y los cónsules, los tiranos y los emperadores. La imaginación esparcía entre las ruinas, confusamente, las figura de César y de los Gracos, de Augusto y de Nerón, de Heliogábalo y de Domiciano. Y la sombra parecía confundir en un solo rastro, sobre las mismas piedras, las pisadas de Agripina y de Cornelia, la madre de todas las virtudes.

Era un símbolo. Tanta grandeza y tanta pompa debían neutralizar, por fuerza, todas las normas de la ética. Sin imposiciones morales, los hombres rompieron las ligaduras del deber y del recordimiento, para ascender a una región donde eran palabras sin sentido el vicio y la virtud, donde los únicos ideales de la vida eran la fuerza, el placer y la potencia suprimiendo todo freno a la dicha de vivir.

El pueblo romano, dominador del mundo, tendía, como todos los dominadores, a colocarse más allá del bien y del mal.

JOSÉ INGENIEROS.

Ante el retrato

de la sra. Victoria Schlessinger de Arciniegas

EN esta tela perpetuó un ilustre pincel, la eucaristía de su frente y sus pupilas, de un azul lacustre.

La actitud elegida es de un decoro real; sobre las sienes los cabellos tienen el resplandor de un casco de oro.

No florece en sus labios la sonrisa suave de Esfinge que copió Leonardo en la boca floral de Monna Lisa.

Su faz, de dulces líneas ideales, fijar parece la expresión serena que tienen las estatuas inmortales.

I su arcaico perfil de corte fino hace pensar en clásicas medallas y en camafeos de esplendor divino.

EDUARDO CASTILLO.



Crepúsculo

SE extienden ya las sombras de la noche, pero está azul aún el Occidente. La brisa vagabunda de los lagos pasa sobre los campos fresca y leve.

Caluroso y pesado ha sido el día; mas ya la noche se aproxima y viene borrando toda pena, y murmurando una canción de cuna que adormece.

Silencio... Soledad... La noche avanza con su callado paso, tristemente. ¡Oh, corazón! Descansa, pues, y olvida... Reposa, corazón, reposa y duerme...

IVÁN BUNIN.

La rosa

UÉ en los últimos días de agosto... El otoño se aproximaba. El sol se hundía en el ocaso. Una lluvia torrencial, repentina, impetuosa, sin truenos ni relámpagos, acababa de recorrer a paso de carga toda la inmensa llanura.

El jardín, situado delante de la casa, humeaba como si estuviese ardiendo. La tierra, inundada antes por el agua, parecía bañarse en la luz de incendio del crepúsculo.

Ella, sumida en profunda melancolía, miraba obstinadamente el jardín, desde la sala, a través de la puerta entrecerrada.

Yo sabía lo que pasaba entonces en su alma; sabía que, tras una corta y dolorosa lucha, cedía en aquel mismo instante a un sentimiento que no le era dado combatir por más tiempo.

De improviso levantóse, salió vivamente al jardín y desapareció. Pasó una hora... pasó otra; y ella no regresaba. Entonces me puse en pie, y saliendo de la casa, me dirigí instintivamente en la dirección que ella había seguido.

Todo se obscurecía en derredor. La noche avanzaba rápidamente. Sobre la arena húmeda del sendero, enrojecida aún por la claridad que atravesaba la desgarrada niebla, ví un objeto redondo... : era una rosa tierna, apenas entreabierta. Dos horas antes había visto aquella misma rosa en el seno de la joven.

Recogí cuidadosamente la pequeña flor caída en el lodo, y volviendo a la sala, la coloqué sobre la mesa.

Regresó ella por fin; con ligeros pasos recorrió toda la estancia y fué a sentarse en un sillón próximo a la mesa. Su semblante palidecía y se reanimaba alternativamente; corrió de pronto hacia otro lado con graciosa turbación. Viendo luego la rosa, arrebatóla, quedóse contemplando tiernamente los manchados y rugosos pétalos, volvió a mí la mirada, y apartándola súbitamente, se llenaron de lágrimas sus ojos.

—¿Por qué llora?—le pregunté.

—Por esta rosa. Vea cómo ha quedado.

Yo presumía la causa de su tristeza.

—Sus lágrimas la limpiarán— le dije con marcada intención.

—Las lágrimas no limpian, las lágrimas queman,— replicó—.

I dirigiéndose a la estufa, arrojó la flor a la moribunda llama.

—El fuego quema mejor que las lágrimas,— añadió, no sin pesadumbre.....
I comprendí que ella también.... estaba ardiendo.

IVÁN TURGUENEFF.



Lágrimas de madre

CONTEMPLANDO el horror de los combates
al sucumbir un nuevo combatiente
no sufro por la esposa ni el amigo,
y ni me inspira compasión el héroe.

La esposa llega a consolarse, el hombre
al amigo mejor olvidar puede;
pero hay un alma solitaria y bella
que su recuerdo guardará perenne.

En medio de la prosa de la vida
y el hipócrita afán que la envilece
he visto muchas lágrimas, y sólo
sinceras son las que la madre vierte.

Al hijo muerto en el sangriento campo
no puede ella olvidar, como no puede
alzar jamás sus ramas inclinadas
el sauce melancólico y doliente.

NIKOLAI ALEXIEVITCH NEKRASOV.



Persiguiendo un misterio

He pasado años buscando en los ojos lo que los otros hombres no pueden ver. Lentamente, dolorosamente he descubierto en todos los ojos las sensaciones infinitas que se eternizan en las pupilas. He gastado mi alma persiguiendo un misterio, y ahora mis ojos ya no son míos: se han apoderado poco a poco de las miradas de los otros ojos, y hoy no son más que un espejo que refleja todas esas miradas robadas, que anima solamente una vida múltiple y animada de sensaciones desconocidas. Y esa es mi inmortalidad, porque yo no moriré, y mis ojos vivirán porque no son míos, porque los he formado con todos los ojos, con todas las lágrimas y con todas las risas, y sobreviviré al despojo de mi cuerpo porque se encuentran todas las almas en mis ojos.

CARLOS VELAY.



Romana

Es la noche cesárea de la fúnebre orgía:
en los negros jardines bullen fiestas paganas.
Trae el viento las voces de las fieras lejanas,
y hay un acre perfume de embriaguez y agonía.

Bacanal de soldados se abre al César, que guía
carro ebúrneo, en un vértigo, entre frondas y lianas;
y a la vez que relumbran cien antorchas humanas,
cien fanfarrias detonan en horrenda armonía.

César manda que en medio de esas vivas hogueras,
para ver el espanto que los rostros demuda,
cien esclavos le traigan y le suelten las fieras.

Y se ve que, de súbito, atraviesa el paisaje,
una virgen cristiana, castamente desnuda,
amarrada a la cola de un caballo salvaje.

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

Olvido

(Traducción de J. González Alonso)



LA Naturaleza es olvidadiza, y quizá el mundo sea todavía más olvidadizo. Por poco que a ello se preste, el olvido bien pronto envuelve al individuo como un sudario. Esa rápida e inexorable expansión de la vida universal que recubre, derrama y englute los seres particulares, que borra nuestra existencia y anula nuestro recuerdo, es de una melancolía aplastante. Nacer, agitarse, desaparecer: tal es el drama efímero de la vida humana. A no ser en algunos corazones, y ni aun siquiera siempre en uno solo, nuestra memoria pasa como una onda sobre el agua, como una brisa en el aire. Si nada hay en nosotros inmortal ¡qué poca cosa es esta vida! Como un sueño que tiembla y se evapora a los nacientes fulgores del alba todo mi pasado y todo mi presente se disuelven en mí y se destacan de mi conciencia cuando se repliega sobre sí misma. En este momento me siento vacío y despojado como un convaleciente que ya no se acuerda de nada. Se han desvanecido de mi pensamiento mis viajes, mis lecturas, mis estudios, mis proyectos y mis esperanzas. Es un estado singular. Todas mis facultades se van como un manto que se deja, como el capullo de una larva; me siento mudar, o más bien volver a entrar en una forma más elemental; asisto a mi desnudamiento. Yo olvido aun más de lo que soy olvidado. Entro todavía dulcemente vivo en el ataúd. Experimento algo como la paz indefinible del anonadamiento y de la quietud vaga del Nirvana; siento ante mí y dentro de mí pasar el rápido río del tiempo, deslizarse las impalpables sombras de la vida, y lo siento con la tranquilidad cataléptica.

Comprendo la voluptuosidad búdica de los sufis, el kief de los turcos y el éxtasis de los orientales. Y sin embargo, también siento que esta voluptuosidad es letífera, que es como el uso del opio y del haschich; un suicidio lento, y que, por otra parte, es inferior al goce de la energía, a la dulzura del amor, a la belleza del entusiasmo, al sabor sagrado del cumplimiento del deber.

FEDERICO AMIEL.

En Lisboa



LA pintoresca metrópoli lusitana surgió ante mis ojos en aquel dulce final de agosto, tal como de antaño la conociera por las gráficas descripciones de *El Primo Basilio*.

¡Lisboa! Desde la cubierta del *Aragón* la contemplé largamente, evocando mil recuerdos de su historia y de las graves leyendas del viejo Portugal: fuertes narraciones de osados navegantes perdidos en mares ignotos en pos de fértiles tierras; romancescas aventuras de amor y de sangre; episodios quiméricos melódicos de poesía.

Miré sus pardas colinas y sus blancos palacios, soñando en su pasado, propicio a la página infanzona y al soneto galante; en la prestigiosa gracia de sus mujeres; en sus princesas, en sus poetas; en sus paisajes áridos o risueños; en sus campos polvorientos poblados de olivos; en sus *fados* melancólicos, al claror de las pálidas lunas, gimiendo al compás quejumbroso de la sonora guitarra.

La mañana era magnífica. Las aguas del Tajo azotaban rítmicamente los costados del vapor, impulsado con lentitud por entre los grandes buques inmóviles.

Dos horas después vagaba por sus calles rumorosas, por sus frescas arboledas llenas de pájaros, admirando su alegre aspecto, su fisonomía sonriente, su cielo de turquesa.

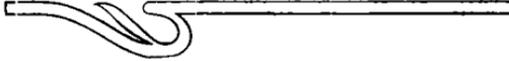
Fuí de un lado a otro al acaso, en pleno goce de salud corporal y de paz de espíritu. Ávidamente recogía la impresión de la ciudad entrevista en las páginas de sus célebres narradores, intentando grabarla en mi mente de modo imperecedero. Me extravié en sus avenidas, curioseando en los escaparates; embriagado con los vitales movimientos de las muchedumbres... En un balcón de un segundo piso lujoso, una bella joven, casi oculta tras una cortina de púrpura, miraba impaciente hacia la acera próxima. Dos veces avanzó el busto mórbido sobre los barrotes azules...

— Espera a su amante — pensé.

Y creyéndola doña Luisa Mendoza de Carvalho, instintivamente volví la cabeza, esperando ver saltar de un *break* al petimetre Basilio de Brito, moreno y afeminado, con el pequeño bigote *orgullosa e intrépido*, vestido de claro y con una rosa en el ojal.

FROYLÁN TURCIOS.

EL RHÍN



MUSA DE ALEMANIA-

Aunque lo pidan como cuervos ávidos,
nunca dueños serán
de nuestro grande y generoso río,
libre Rhín alemán.

¡Nunca dueños serán! Mientras discurra
sereno hacia la mar;
mientras su manto de esmeralda ostente
su manto señorial:
y corte un remo sus brillantes ondas,
sus ondas de cristal,
de nuestro grande y generoso río
nunca dueños serán.

Mientras abreve un corazón germano
en su vino inmortal;
mientras haya una roca en su corriente,
una roca no más:
mientras se miren en el claro espejo
de su inmenso caudal
nuestras suntuosas catedrales, nunca,
nunca dueños serán
de nuestro grande y generoso río,
libre Rhín alemán.

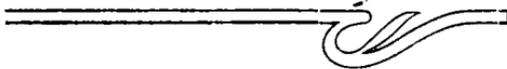
De nuestro grande y generoso río
nunca dueños serán,
mientras haya una hermosa, mientras haya
un bizarro galán,
y digno sea en amorosas lides
la palma conquistar.

De nuestro grande y generoso río
nunca dueños serán,
mientras no caiga en su profundo seno
el último alemán.

¡De nuestro grande y generoso río
nunca dueños serán!

BECKER.

ALEMÁN



MUSA DE FRANCIA

Ya nuestro ha sido vuestro Rhín germano:
en su copa la Francia lo escanció.
¿Destruye acaso una canción cualquiera
la marca que en la frente os imprimiera
nuestro corcel de guerra vencedor?

Ya nuestro ha sido vuestro Rhín germano:
su seno herido por el gran Condé
ensangrienta su túnica flotante,
y la hrecha que el padre abrió triunfante
la encontrarán los hijos a su vez.

Ya nuestro ha sido vuestro Rhín germano:
cuando el César francés obscureció
con su sombra imperial vuestra llanura,
¿qué fué de vuestra indómita bravura?
¿El último alemán dónde cayó?

Ya nuestro ha sido vuestro Rhín germano:
si la historia olvidásteis, acudid
de vuestras damas al recuerdo amante:
ellas en copas de cristal brillante
el vino nos brindaron de ese Rhín.

Si dueños sois de vuestro Rhín germano,
la librea en sus ondas entregad;
y decidnos sin vana altanería:
¿cuándo, cuervos hambrientos, la agonía
asaltásteis del águila imperial?

¡Que en paz se arrastre vuestro Rhín germano:
que iglesias copie en su corriente azul;
mas temblad, si esas báquicas canciones,
despiertan de su sueño a las legiones,
y en són de guerra rompen su ataúd!

ALFREDO DE MUSSET.

UNA inefable noche sugestiva
extiende su sedoso terciopelo,
como un palio de sombra, por el cielo,
que enflora alguna estrella fugitiva.

Esta noche mi espíritu se esquivo
a toda lucha y tumultuoso anhelo,
y una onda de paz y de consuelo
envuelve mi cabeza pensativa.

La solemne poesía de las cosas
me hace soñar con las albeantes osas,
y, en una suave floración mental,

de mi cerebro en las serenas cimas
ostenta el mudo enjambre de mis rimas
la blancura celeste de un rosaí.

RAMÓN ORTEGA.



Sumarios de ESFINGE

NUMERO 34

Primeros Gatos del poema MI RYA. Federico Mistral. - Poes. José María de Heredia. - Poesías de EL FANTASMA BLANCO - Emma Zambra. - Cuentos amados, Francisco Turiso. - Noche azul. Walt Whitman. - Notas presébitas, José Asunción Silva. - Insomnio, Juan Ramón Molina. - Inquietud, A. Giraldo. - Cuentos infantiles, Rabindranath Tagore. - Gréciga, Elvira Herrera. - Poesía en la noche, Federico Nietzsche. - La muerte de Gato, P. Virgilio Marqués. - Héro, R. Blanco Fontbona. - La Muerte recién nacida, Dante Gabriel Rossetti. - El ensueño, Amado Nervo. - Subditos de la humanidad, R. W. Emerson. - I. Linda, Francisco Galdós. - Día de de tu, Julian del Cas. - Los pecados, Octavio Mirbeau. - El sueño, Carlos Huidobro. - Insomnio amoroso, Antonio Machado. - La Poesía, Carlos Galdós. - Luis II de Bélgica, Gabriel D'Annunzio. - Huelga a don Quijote, Iván Tourguenoff. - Canto de la angustia, Juan Carlos Argente. - La garza azul, José Santos Chocaman. - Elegía de niños, Francisco A. de Icaza. - Me senté a la... Charles Guérin. - Nuestro idioma, R. Blyth. - Sumarios de ESFINGE.

NUMERO 35

Nosum avarum, Fyris bin Turcio. - Los ojos de la Juanda, Eduardo Marquina. - Llamas de la noche azul, M. Magalhães Moura. - Cien años, Lafontaine. - Poesía, Pablo Picasso. - El estudio, Heidegger. - Hacer sur, Acristo. - Los años diez, - Insomnio, Ramón del Valle-Inclán. - Los cuentos de Maudslayi, Pierre Louys. - El sueño azul, Charles Huidobro. - El caballo del Escudo, R. Blanco Fontbona. - La montaña, Jerónimo J. Reina. - Juanda, Luis Andrés Zúñiga. - La eucaristía, Rafael Arévalo Martínez. - Emerso respo, Eduardo Castillo. - El Barro humanizado, Paul Verlaine. - En mis tristes sueños, Enrique Heine. - Los años azules, Edmundo Montagne. - El ensueño, E. de Alencar. - Bismarck, Andrés Toranzo. - Héro marino, Rubén Darío. - Los sueños, Jules Verne. - El Elefante, Juan R. Jiménez. - Huelga a don Quijote, César Davila. - Los Rubicóns, Omar Sívitero. - Naikshar. - Los años azules, de los José Santos Chocaman. - Vida interior, Pedro I. - Derechos reservados